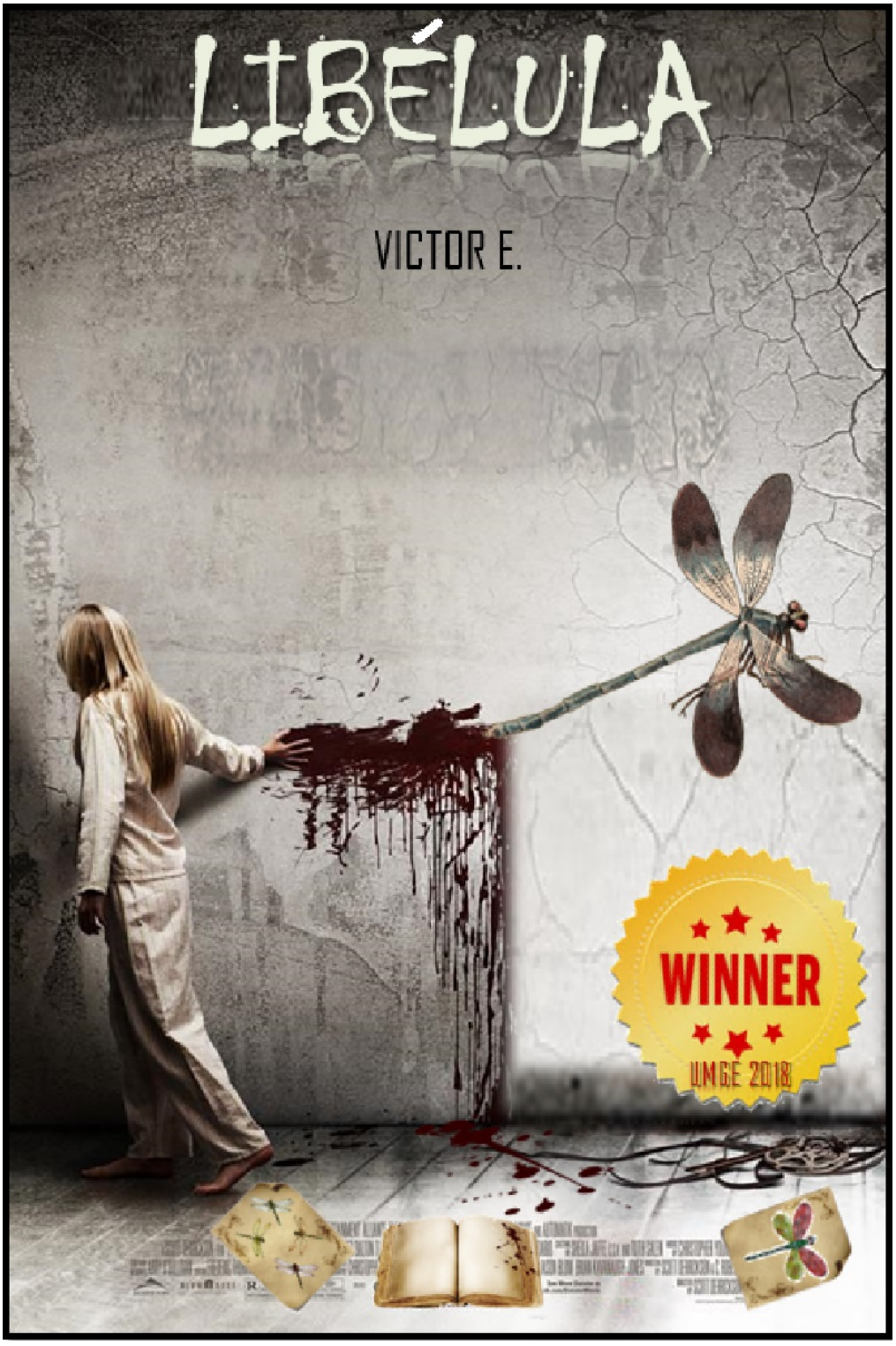
# LIBELULA

VICTOR E. PEREZ



# Capítulo 1

En el jardín, en el interior de la casa de muñecas, Isidora de rodillas se concentraba con tanta intensidad, que las maderas livianas de la pequeña construcción vibraban. Como presa de un pequeño tornado. Sí, el viento de otoño podía explicar esa vibración, pero no extrañaría a nadie que Isidora fuera la causante. Por sus mejillas todavía rodaban lágrimas de impotencia: había perdido su libro de cuentos que tanto le gustaba leer.

Una libélula azul apareció. Revoloteó por la casa de muñecas, ingresó, salió, volvió a ingresar. Hasta que finalmente se alejó y elevó hacia el cielo celeste, mientras las hojas amarillas, naranjas y ocres caían como copos de nieve. El sol se reflejó sobre la libélula, al tiempo que danzaba indecisa en torno a la casa blanca y a la ventana de moldes rojo. La luz hacía cambiar de color a la libélula con cada movimiento. Ya no era azul, era verde y luego de un celeste vibrante.

La ventana del segundo piso, que daba al jardín y a los árboles, estaba abierta. El viento suspendió sus ondulaciones y la libélula entró a la habitación, sin perder el ritmo y la energía de su vuelo. Era la habitación de Maite, la hermana mayor de Isidora. Tenía un libro en sus manos y buscaba un lugar en lo alto del ropero para dejarlo. Sólo se percató de la entrada de la libélula cuando ésta estaba en el centro de la habitación. Zumbaba sobre su cabeza: "zzmmm... zzzzzmmmm... zzzzmmm". "¡Ay, sal, sal, ay, sal!", gritó nerviosa, mientras manoteaba a todos lados. Intentó golpearla con el libro, pero la sutileza y rapidez del vuelo de la libélula eran superiores a todos sus esfuerzos. Fue cosa de una pequeña fracción de segundos. La libélula giró en torno a ella y salió como un pequeño rayo por la ventana. Maite la miró sorprendida y -aunque jamás lo hubiera reconocido- asustada.

En ese mismo instante, Isidora abrió sus ojos y su frágil cuerpo se estremeció. "Me las va a pagar", dijo. Se levantó y salió de la casita.

Caminó por un estrecho sendero hasta la puerta de servicio de la casa. Entró, no había nadie en la cocina. Pasó por la puerta que daba acceso a un largo pasillo, donde partículas de polvo se mezclaban con los rayos de sol, que lograban traspasar las cortinas blancas y delgadas. Avanzaba con determinación. En todo ese trayecto no dejó de pensar por ningún instante que ella jamás había pedido tener una hermana mayor: cuando llegó al mundo Maite ya estaba allí, con su cabello rojo y largo y su cara llena de pecas. "Me envidia", se decía Isidora, "todo porque aprendí a leer a los cuatro años y ella sólo a los cinco". A cada paso que daba su enojo era mayor.

Subió las escaleras casi corriendo y entró al cuarto de su hermana, que

todavía estaba mirando por la ventana en busca de la libélula.

–¡Mi libro!

–¿De qué hablas niña loca?

–¡Mi libro de cuentos, que tú escondiste!

–¿No has encontrado todavía tu librito de hadas y princesitas?– dijo Maite con un aire de falsa preocupación, que hizo hervir por dentro a Isidora.

–Te doy medio minuto.

–¡Ya te lo dije, no tengo nada que ver con ese libro!

–Uno, dos, tres.

Isidora al tiempo que contaba, comenzó a dar vueltas en torno a Maite. Mantenía sus ojos fijos en ella. Veinte, veintiuno, veintidós. Nada. Maite la miraba desafiante, mostrando lo segura que estaba, que ella era la mayor, que no la intimidaban las pataletas de una niña consentida. Veintinueve, treinta. Se produjo un leve silencio, que Maite aprovechó para sonreír, y demostrar que no había pasado nada.

–Es tu última oportunidad.

–¿O si no qué?

Isidora levantó los brazos como si fuera una avioneta y comenzó a girar nuevamente y con mayor rapidez alrededor de Maite.

–¡Zzzzmmm... zzzmm... zzzzzzzmmmmm!–repetía Isidora una y otra vez.

La sonrisa de Maite se desdibujó por completo, sus pecas se hicieron mucho más evidentes al palidecer su rostro. Un frío interior dobló sus piernas y cayó al suelo de rodillas. Al mismo tiempo el vestido de Isidora tomó un brillante color azul, que luego cambió a verde, para quedarse por último en celeste. Lo que nunca olvidaría Maite serían los ojos. Esos ojos que comenzaron a agrandarse y a ser del color de la noche.